

nos. Haced que bendigamos al Señor á la hora en que estemos trabajando; que elevemos á El nuestros afectos; y unid al trabajo de Jesús y al nuestro todo lo que hagamos en la vida. Enseñad al pobre y al rico, al ignorante y al sabio, al pecador y al justo, y rogad por todos vuestros hijos.



CAPÍTULO X

El Tránsito del santísimo Patriarca Señor san José.—Su santa expectación en el Seno de Abraham.

I

QUERÉIS saber cómo mueren los santos, y cuáles son las disposiciones con que esperan la muerte? Dirigíos á la Santa Casa de Nazaret y entrad en el aposento de José: ¿qué veis allí? Al padre putativo del Hijo de Dios y esposo de María. Ha llegado la última hora de su vida, y dentro de pocos instantes, su alma dichosísima será llevada por los ángeles al Seno de Abraham.

¿A quiénes veis en el aposento de José? A Jesús y á María. ¿Quién los ha llevado allí? El deber, la gratitud y el amor.

Un hijo debe honrar á sus padres y no puede abandonarlos en sus últimos momentos; por esto Jesús que vino á cumplir la ley y á darnos ejemplo de toda virtud, tenía que estar presente á la dichosa muerte de su padre putativo.

Jesús le había amado con singularísimo cariño, había estado sujeto á sus órdenes, y José no había recibido de su Hijo putativo sino pruebas de un amor verdaderamente filial; y en todas sus acciones el Hijo de Dios había procurado agradarle. Coronaba, pues, todos sus servicios asistiendo á José en sus últimos momentos.

La Virgen Santísima tenía grandes obligaciones para con José, no solamente porque era su esposa, sino también por los beneficios que de él había recibido. Esta santísima Señora había siempre vivido y reinado en el corazón de su esposo. ¡Cuántas atenciones, cuidados y desvelos fueron los del santo Patriarca, por esta Niña, por esta Esposa tan amada de su corazón! La Virgen sagrada no podía olvidarlos, eran lazos preciosos de amor purísimo y sin mancha que la ligaban con José. Tenía por lo mismo que estar á su lado, á fin de prodigarle todos sus consuelos y recoger su último aliento.

Al separarse para siempre de nosotros los seres que amamos, se aviva para con ellos nuestro afecto; no queremos alejarnos de ellos un instante; nuestros servicios son entonces más sensibles y amorosos; queremos conocer cuanto pasa en su interior, recogemos sus palabras para grabarlas en el alma; y esos seres que también nos aman, oyen con agrado cuanto les decimos, y nosotros hacemos cuanto está de nuestra parte, á fin de consolarlos. Esto es lo que pide el amor; y María y Jesús que amaban tanto á José, cumplían con ese deber, permaneciendo junto al lecho de ese

ser que les era tan querido y que ya se encaminaba al Seno de Abraham.

Nada hay que decir en particular sobre la noble y generosa gratitud de Jesús y María para aquel que había sido padre putativo del primero y dignísimo esposo de María.

Hemos visto en la estancia de José, según ya hemos dicho, al Hijo de Dios y á su divina Madre: así mueren los santos, acompañados de Jesús y de María.

Respírase en la estancia de José un ambiente embalsamado de celestial fragancia; las santísimas virtudes que allí se practicaron, han dejado ese suave y delicado aroma: la humildad, y la pureza, y la paciencia, y el santo amor de Dios. Y estas virtudes, y todas las demás que adornaron á José, se hallan también junto al lecho del Patriarca moribundo; y millares de ángeles, con dulce complacencia, contemplan el tránsito dichoso de aquel varón tan santo y amado del Señor.

Hablando de los últimos momentos de Señor san José, un escritor moderno escribe lo siguiente: «Recordáis que san Luis Gonzaga derramó lágrimas de penitencia hasta el fin de su vida, por aquellas dos travesurillas infantiles que reputaba grandes pecados. No extrañaréis, por tanto, que al hacer José su examen de conciencia, también le asalte alguna duda sobre ciertos puntos de su vida pasada. El espíritu del mal, que ya estaba en acecho, preparándose á tentar á Jesús, había tentado también á José á raíz de sus desposorios, y le había tentado por los celos, y celos de María... y ce-

los tan grandes, que había resuelto abandonarla... Pensar en abandonar á María,... en renunciar á la tutela de Jesús y á la compañía del Verbo encarnado. El remordimiento se prepara á abrumarle.»

José no podía tener remordimiento á la hora de su muerte por haber querido separarse de la Virgen Santísima, cuando advirtió que era madre; porque, si deliberó dejarla secretamente, fué porque era justo; y la práctica de la virtud no puede causar remordimiento; consigo trae satisfacción y dulce paz en el Señor: *Cum esset justus voluit dimittere eam.*

No puede decirse que José renunciaba, al separarse de la Virgen Santísima, á la tutela de Jesús y á la compañía del Verbo Encarnado; porque estos misterios le eran desconocidos; y por lo mismo no había lugar al remordimiento.

Admiramos la excelentísima virtud del joven angélico, y bendecimos á Dios por ella; mas no la igualamos con la del castísimo Patriarca Señor san José, y por esto de lo que haya pasado en el amable Luis Gonzaga, no se infiere lo que pasara en el castísimo Patriarca, á quien no se acercó el espíritu del mal, mas por lo contrario, estaban junto á su lecho de muerte, el Hijo de Dios y su divina Madre.

De Luis Gonzaga sabemos en particular dos pequeñísimas faltas; del castísimo Patriarca no sabemos ninguna; y por tanto, si el remordimiento tiene en que fundarse en el primero, no podemos decir otro tanto del segundo, ya que el Evangelio no señala en particular alguna falta respecto de José á quien llama Justo.

¿Queréis saber cómo mueren los santos? Poned los ojos en nuestro Santo que está para morir: su frente serena, su apacible y dulce mirada nos revelan la paz de que goza, su perfecta conformidad á las órdenes del cielo, en una palabra, el fuego del amor divino que está consumiendo su existencia.

Dícese de algunos santos que han muerto por la violencia del amor de Dios: ¿no diremos lo mismo de nuestro amadísimo José, tan amado de Dios, tan perfecto en todos sus caminos; á quien Jesús se dignó escoger por padre putativo; á quien el Espíritu divino confió su Inmaculada Esposa; José que aventajó á los otros santos en la excelencia y perfección de las virtudes?

Contemplad, decimos de nuevo, á nuestro Santo querido en su lecho de muerte: se halla en el recogimiento más profundo y amoroso: piensa en Dios, suspira por Dios, y descansa dulcemente sobre el seno de su amadísimo Jesús. ¿Qué más pudiera desear al salir de esta vida?

También está presente su sagrada esposa; y tanto esta santísima Señora como el Hijo de Dios, prodigan á José innumerables consuelos. ¿Qué palabras tan llenas de esperanza y de dulzura, no diría Jesús á su padre putativo á quien tanto amaba? ¿Qué no haría entonces por su esposo la Madre de Dios, que es el consuelo de los afligidos?; mas el alma de José no estaba sumergida en la aflicción; y por esto los servicios de María proporcionaban á su santo esposo nuevas delicias y anticipadas alegrías del cielo.

Es preciosa á los ojos del Señor la muerte de sus santos; y pensando en ella tenemos que exclamar: Muera mi alma con la muerte de los justos. ¿Queremos morir como los justos? Imitemos á José. Murió tan santamente en el Señor, porque así lo pedía la perfección de sus virtudes.—Temió á Dios, como un hijo teme á su padre; y ese temor le alejó de todo pecado; temió á Dios, y ese temor le llevó por las sendas de toda justicia. Al que teme al Señor, dice la Escritura divina, le irá felizmente en sus postrimerías, y será bendito en el día de su muerte... El temor del Señor destierra el pecado (1). Los que temen al Señor no serán desobedientes á su palabra. Los que temen al Señor, guardan sus mandamientos y conservarán la paciencia hasta el día en que los visite (2).

José caminaba siempre en la presencia del Señor, que le dirigía en todos sus caminos. Sigamos el ejemplo de José. Dios está cerca de nosotros; en El vivimos, nos movemos y existimos. Sus ojos son más luminosos que el sol, conoce nuestras intenciones, y nada puede ocultarse á sus miradas. Es nuestro Juez: ¿dejaremos de temerle? Es nuestro Padre, y está lleno de amor y de ternura para nosotros, y nunca llega á olvidarnos: ¿le olvidaremos nosotros? Y si El nos colma á cada instante de gracias y favores, ¿no se abrirán nuestros labios para bendecirle y cantar sus divinas alabanzas?

(1) Eccli., I, 13, 27.

(2) Ibid., II, 18, 21.

El castísimo Patriarca Señor san José consagró á Dios todo su amor, y jamás dejó de bendecirle y darle gracias por su infinita gloria; y Dios le concedió la muerte más feliz que podemos pensar, si exceptuamos la muerte de María.

¿Queremos obtener la muerte de los justos? Seamos muy devotos de Señor san José: él es el patrón de los agonizantes, y se interesa vivamente por aquellos que durante su vida le honraron con sus obsequios y se acogieron á su santo patrocinio.

II

A la muerte de Señor san José su alma santísima fué llevada por los ángeles al Seno de Abraham, donde tenía que aguardar el descenso de nuestro Señor Jesucristo, que la sacaría gloriosamente de aquel lugar.

Acerca del Seno de Abraham, dice el Angel de las escuelas lo siguiente: Las almas de los hombres después de la muerte no pueden alcanzar el reposo sino por el mérito de la fe; puesto que el que se acerca á Dios es menester que crea. El primer ejemplo de creer fué dado á los hombres en Abraham que fué el primero que se separó de la sociedad de los infieles y recibió un signo especial de la fe; y por eso aquel descanso que se da á los hombres después de la muerte se llama Seno de Abraham, como consta por san Agustín (1). Mas

(1) Sup. Gen. ad litt. I, 12, c. 34.

las almas de los santos después de la muerte, no tuvieron en todo tiempo el mismo reposo, porque después de la venida de Cristo tienen plena quietud, gozando de la divina visión; mas antes de la venida de Cristo tenían en verdad reposo, por la inmunidad de la pena, pero no tenían la quietud del deseo, por la consecución del fin. Y por esto el estado de los santos antes de la venida de Cristo, puede ser considerado, ya según lo que tenían de reposo, y así se dice Seno de Abraham, ya en cuanto á lo que les faltaba de quietud, y en este sentido se dice limbo del infierno.

Los receptáculos de las almas después de la muerte pueden distinguirse de dos modos: ó según el sitio, ó según la cualidad de los lugares, esto es, según que las almas reciben en algunos lugares las penas ó los premios. Si, pues, se consideran el limbo de los Padres y el infierno, según la cualidad predicha de los lugares, entonces no hay duda que se distinguen, ya porque en el infierno hay pena sensible, que no había en el limbo de los Padres; ya también porque en el infierno hay pena eterna, y en el limbo de los Padres permanecían los santos sólo temporalmente. Si se considera el sitio de esos receptáculos, es probable en este caso, que el mismo lugar ó casi continuó sea el infierno, de tal manera, sin embargo, que el limbo de los Padres está en la parte superior (1).

En la parte tercera (2) de la Suma teológica, hablando santo Tomás del descenso de nuestro

(1) Supp. q. XIX, aa. IV, V.

(2) Q. LII, a. V.

Señor Jesucristo á los infiernos, pone la siguiente objeción: Al descender Jesucristo á los infiernos no libertó á los santos Padres; porque dice san Agustín: «No he encontrado aún el fruto que han reportado con el descenso de Jesucristo los justos que estaban en el Seno de Abraham; pues no veo que jamás se separase de ellos en cuanto á la presencia beatífica de su divinidad.» Mas les hubiera sido muy útil si los hubiese libertado de los infiernos. Por lo mismo, no los libertó.

El angélico Doctor contesta lo que sigue: Habla san Agustín, en el pasaje citado, contra los que pensaban que los antiguos justos antes de la venida de Jesucristo, estaban sujetos en el infierno á los dolores de las penas. Por esto había dicho antes: «No faltan quienes pretenden que fué concedido este beneficio á los justos, que quedasen libres de sus dolores al descender el Señor á los infiernos; mas yo no veo en verdad, cómo Abraham que recibió en su seno á Lázaro, sufría estos dolores. Por esto lo que antes había dicho de que no había encontrado el provecho del descenso de Jesucristo en los infiernos, debe entenderse en cuanto á la absolución de los dolores de las penas; mas tal descenso les fué provechoso respecto á la consecución de la gloria; y por consiguiente los libró del dolor que padecían por la dilación de esa misma gloria, cuya esperanza, sin embargo, les causaba una gran alegría, según estas palabras: Abraham vuestro padre deseó con ansia ver mi día: *Exultavit... vidit et gavisus est* (1). Así es que

(1) Joann., VIII, 56.

cuando añade san Agustín: «No creo que Jesucristo se alejase nunca de ellos según la presencia beatífica de su divinidad», debe entenderse que antes de la llegada de Jesucristo, eran bienaventurados en la esperanza, y después lo fueron en la realidad.

En un panegírico de Señor san José (1908) se llama al limbo de Abraham, prisión solitaria; y refiriéndose á Señor san José que estaba separado de Jesús y María, añade que no hay alma humana capaz de comprender la amargura que esto le causaba. «Apenas Lucifer caído del cielo podrá formarse una idea del dolor de José, privado de la compañía de quien constituye la alegría de la gloria. Es el último acto que le merecerá las altísimas honras con que le va á premiar el Redentor.»

En aquella prisión solitaria, estaban detenidas muchas almas. Entre otras, las de Abraham, Job, Lázaro, etc.

Después de la muerte no hay merecimiento.— En cuanto á la amargura incomprensible de que se nos habla, consistía en los ardientes deseos que aquella alma tenía por llegar al eterno descanso; deseos que sin embargo no eran incompatibles con una grande alegría causada por la esperanza de la gloria, según nos ha dicho el angélico Maestro.

David suspiraba por la vista del Señor; y la ausencia del Bien sumo le causaba una inmensa tristeza: Sedienta está mi alma del Dios fuerte y vivo. ¿Cuándo será que yo llegue y me presente ante la casa de Dios? Mis lágrimas me han servido

de pan, día y noche, desde que me están diciendo: ¿Dónde está tu Dios?—Tales eran los recuerdos que venían á mi memoria; y ensanché dentro de mí mi espíritu; porque he de llegar al sitio del admirable tabernáculo, hasta la casa de Dios; entre voces de júbilo, y de acción de gracias, y de alegre festín (1).

Los suspiros que exhalaba el Rey Profeta pensando en la divina gloria, no le impedían cantar las divinas alabanzas lleno de indecible gozo.

El tormento del amor trae consigo una dulzura inefable; por esto si José suspiraba con dolor, allá en el Seno de Abraham, por la clara vista de Dios, la esperanza llenaba su alma benditísima, de un gozo inefable.

Aguardaba el descenso de su Hijo putativo á los infiernos en una santa y amorosa expectación. Dios así lo había dispuesto; y así lo exigían la gloria del Eterno y la salvación de los hombres. Descansaba, por tanto, en el Seno de Abraham el castísimo Patriarca, lleno de paz y de consuelo, y si aún no había llegado á la perfecta quietud, se acercaba á ella; no tendría que esperarla mucho tiempo.

Abraham, haciendo mención de los males que Lázaro había padecido en la tierra, decía: *Hic consolatur* (2). El santísimo Patriarca, que tanto había padecido por la divina gloria, y que había cumplido con tanta perfección la ley del Señor, ¿no

(1) Psalm. XLI, 3-5.

(2) Luc., XVI, 25.

recibiría en el Seno de Abraham, mayores consuelos que el dichoso Lázaro?

Jesucristo nuestro Señor, después de la muerte de José pensaría sin duda en este su siervo fidelísimo, su muy querido padre; y la Inmaculada Virgen recordaría con frecuencia á su santo esposo. Los ángeles de Dios dirían á José, que Jesús pensaba en él y le amaba con ternura; y que aquella santísima Señora que le diera Dios por esposa, le tenía presente en su memoria; y con tales pensamientos y tan dulces recuerdos rebosaría en delicias el alma de José.

Así pasaron para nuestro Santo, en el Seno de Abraham, los años que tuvo que aguardar la llegada de su Hijo putativo, hasta ser consumada la redención de los hombres.

Llegó por fin el suspirado momento, y el alma de Jesús, descendió al Seno de Abraham y libertó á los santos Padres que allí estaban detenidos. El Hijo de Dios los hace bienaventurados con la vista de su divinidad; mas no salieron de aquel sitio mientras en él estuvo Jesucristo; pues su presencia pertenecía al colmo de la gloria (1); y el alma del Señor permaneció en ese seno, tanto tiempo cuanto estuvo su cuerpo en el sepulcro (2).

El gozo del castísimo Patriarca al contemplar la luz de la gloria, al ver el alma de su Hijo muy querido, nadie puede comprenderlo.

¿Quién podrá decirnos su éxtasis de amor, y sus

(1) S. Thom., cit. a, V, ad 3.

(2) A. IV.

himnos de gloria y alabanza, y cuanto en él pasaba, al contemplar la gloria del Hijo de Dios, á quien tanto había amado en el mundo?

¡Oh José mil veces feliz! entrad en el gozo de vuestro Señor, ese gozo os inunda, os penetra y os transforma en sí mismo. Bendita sea vuestra gloria.

Pongamos ahora los ojos en nosotros mismos y recordemos estas palabras de la Escritura divina: Mientras habitamos en este cuerpo, estamos distantes del Señor y fuera de nuestra patria; porque caminamos por la fe y no lo vemos todavía claramente. En esta confianza preferimos ser separados del cuerpo, á fin de gozar de la vista del Señor. Por esta razón todo nuestro empeño consiste en hacernos agradables á sus ojos, ora habitemos en el cuerpo, ora salgamos de él.—A estas palabras preceden las que ponemos á continuación: Sabemos que si esta casa terrestre en que habitamos viene á destruirse, nos dará Dios en el cielo otra no hecha por mano de hombre, y que durará eternamente. Aun por eso suspiramos aquí, deseando revestirnos del ropaje de gloria, ó sea nuestra celestial habitación... Mientras nos hallamos en este cuerpo como en una tienda de campaña, gemimos agobiados; pues no queríamos vernos despojados de él, sino ser revestidos; de manera que la vida inmortal absorba lo que hay de mortal en nosotros (1).

Esperanzas, deseos y ardentísimos suspiros; tal

(1) II Cor., V, 1, 2, 4, 6-9.

debe ser nuestra vida sobre la tierra; porque aún no gozamos de la clara vista de Dios; estamos pues como en el Seno de Abraham; mas no con la seguridad que tenían allí los santos Padres; pero esto no impide que pongamos nuestra confianza en el Señor, confianza, que será tanto más firme, cuanto fuere mayor nuestro empeño en hacernos agradables á sus ojos.

Esperanzas, deseos y suspiros. Esperemos en las misericordias del Señor y en los méritos de su divino Hijo; deseemos contemplar en la gloria á nuestro Dios querido, y suspiremos por que llegue ese felicísimo día que tendrá que durar para siempre; y haremos algo de lo que hacía en el Seno de Abraham, nuestro amadísimo José.

Oh benignísimo protector de los agonizantes, asistidnos en la hora de la muerte. Bien conocéis cuán terribles son en ese momento las tentaciones del demonio, que hará los últimos esfuerzos á fin de lograr nuestra ruina; defendednos de sus asechanzas. Muy grandes serán las amarguras de nuestro corazón: el recuerdo de nuestros pecados nos llenará de angustia; y temblaremos sobrecojidos de espanto, al pensar en la justicia del Señor. ¿Nos dejaréis sin consuelo y abandonados á nuestra propia debilidad?

Acordaos que Jesús y María no os abandonaron en vuestros últimos instantes. Por el amor que les tenéis, oh piadosísimo padre, venid cerca de nosotros al dejar esta vida, y ayudadnos con vuestros ruegos que todo lo alcanzan del Señor. Obtendnos una contrición perfecta de todas nuestras cul-

pas, y un amor de perfecta caridad. Haced que recibamos todos los auxilios de la santa Iglesia; que seamos fortalecidos con el precioso Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo que da la vida eterna; y al morir, recibid nuestras almas en vuestras manos y entregadlas á María, vuestra querida Esposa, para que sean presentadas al Señor, y nos alcancéis la vida eterna. Haced que María ruegue por nosotros; añadid vuestros ruegos á los suyos, y Dios nos salvará por los méritos de Jesucristo, á quien sea dada toda gloria para siempre jamás. Amén.

